

lla, aparecerá, se dejará ver.
Nadie podrá resistir su acción
ni oponerse á sus designios.
Será Nuestra Señora del Pa-
trocinio.



ZACATECAS
DURANTE LA APARICION

YA era llegado el tiempo se-
ñalado por el Supremo Ha-
cedor para que Zacatecas cono-
ciese la verdad y le rindiera cul-
to; ya el nombre de la Cruz se
iba dilatando al través de los ho-
rizontes mexicanos; ya las gen-
tes se aglomeraban al rededor

de esa Cruz. Pero en Zacatecas había algunos rebeldes á esa Cruz; querían continuar con sus dioses; sin duda bien por comodidad, bien por falta de instrucción. A Zacatecas no vendrá un apóstol, vendrá la misma Madre de Dios llamándose Nuestra Señora del Patrocinio. Para probar á los tiempos venideros que Zacatecas ha sido una de sus más gloriosas conquistas, dispondrá que su templo sea levantado en la cima de un cerro. ¿Qué hace para ésto? ¿Cómo realiza la conquista de aquellos indios para la religión verdadera? Antes que la Santísima Virgen se apareciera en Zacatecas

bajo el título de Nuestra Señora del Patrocinio, ya se habían verificado algunas conversiones á la religión católica.

Sea por ignorancia, sea por terquedad, algunos indios rehusaban el abrazar esta sacrosanta Religión, y á ejemplo de éstos, otros muchos, la mayor parte por lo menos, seguían firmes en las creencias de sus antepasados.

Como la madre de Dios no podía contemplar indiferente esta dureza y ceguedad, resolvió llamarlos por sí misma valiéndose de su carácter de Emperatriz y de Reina. Sabía muy bien que este pueblo había de ser su-

yo, suyos sus habitantes, suyas sus familias, suyas sus riquezas, suya su ilustración y suyos sus adelantos y progresos.

¿Qué hace? Envía un angel? Podían creer que era un fantasma.

¿Ordena á un conquistador esta lucha?

Sin duda no darían crédito á sus palabras, aunque de las armas fueran precedidos.

Hé aquí su resolución:

Envolviéndose en su manto de Reina, ciñendo una diadema su frente, trayendo en un brazo al divino Jesús, rodeada de esplendores en la pendiente del Cerro de la Bufa, sobre cinco

fuentes cristalinas, dirigiendo sus miradas hacia la ciudad, se deja ver á los indios llena de majestad. Tierra llevaba su mano derecha arrojándola á los que no querían reconocer y adorar la Religión de su Santísimo Hijo. Al verla los indios en tal actitud, corrieron hacia ella á prostrarse á sus plantas. Se convirtió entonces en hermosísimas rosas la tierra que la Santísima Virgen les echaba, y al verlas, como también al Divino Niño, tan lleno de hermosura, corrieron todos hacia la Aparición quedando prendados de tan extrañas bellezas. ¿Rehusaron entonces su conversión?

Bien conocidas son las impresiones que lleva al corazón de un pueblo una obra totalmente desconocida.

Muy bien se dice que cuanto mayor y más artística es una obra, tanto mayores y más hondos son sus efectos.

Esta maravilla que se realiza al frente de Zacatecas y por un ser ignorado de aquellos ante cuyos ojos se despliega, no pudo por menos de causar un trastorno general y en buen sentido en el corazón, en el alma, en la vida de los zacatecanos.

Según la magnitud de los efectos así es la grandeza de la causa.

¿Qué no indica el alboroto de todo un pueblo, el correr unos acá y otros allá, y el dirigirse todos á porfía hacia el lugar de la Aparición?

Hasta los niños se daban cuenta de este cambio, de esta mudanza verificados en el pueblo. Todos: señores y esclavos, padres é hijos, jóvenes y doncellas, ricos y pobres, fueron presurosos al punto señalado por el rumor de la noticia. ¿Qué vieron allí? ¡Ah! Lo repetiremos otra vez; un hecho como este merece repetirse cien mil veces para que llegue clara y distintamente á oídos de todos.

Para que el niño lo sepa y se

acuerde de ésta su madre; para que el pobre no la olvide y ponga en ella su esperanza; para que el joven lo repita y vuelva sus ojos á ésta su Reina; para que el obrero, el artista, el labrador, el enfermo, el débil, el anciano, el moribundo, tengan siempre presente esta Aparición.

La Madre de Jesús, Redentor del Mundo; héla aquí. Miradla, ¡Cuán imponente, cuán radiante de hermosura, cuán atractiva con su Divino Hijo en sus brazos!

Imponente, y arrojándoles tierra á los indios que rehusaban postrarse ante el Salvador de los hombres; radiante de hermosu-

ra, convirtiendo aquella tierra en aromáticas rosas, como quien dice: si no os convertís, continuaréis siendo tierra; mas si adoráis al Divino Salvador, una vida os espera sembrada de rosas y flores.

La Santísima Virgen quería á todo trance abrazasen la religión de la Cruz todas aquellas muchedumbres.

Para hacerles ver la precisión que de esta religión tenían, les amenaza, se enoja contra ellos á fin de que así comprendieran lo grande, lo noble, lo celestial y lo útil y necesario de *la nueva* que les anunciaba.

Cuando por vez primera se

levantó el estandarte de la Cruz en el suelo mexicano, temblaron y se estremecieron los templos de los dioses.

Se presenta la Reina del cielo ante los zacatecanos; y los que se mostraron rebeldes á las intenciones de tal Señora, sintieron horrible temblor en su cuerpo, y fuerte crugir en sus huesos y nervios.

¡Cuán marcado interés tenía la Inmaculada Madre de Dios por los zacatecanos! ¿Por qué así? ¿Por qué tanto interés? No se condujo de esta suerte con otros pueblos "*Non fecit taliter omni nationi.*"

¿Cómo se explica ésto? ¿Có-

mo se explica el interés tan notable que la Madre del Verbo tomó por los zacatecanos?

¿Qué ventajas, qué méritos tenían ellos sobre los demás pueblos? Algunas tenían pero no eran suficientes. ¿Tenían alguna idea de esta Señora, la conocían? ¿Habían hecho en gloria de ella alguna obra? Precisamente esto causa mayor admiración! No tenían idea de la Madre de Dios ni mucho menos habían levantado algún monumento en favor de Ella. Por aquí se ve mejor cómo la Santísima Virgen había concebido algún destino sobrehumano, inmortal, acerca de los zacatecanos.

Sin mérito alguno anterior de ellos, María se adelanta, se les presenta para así cumplir con sus deseos, deseos de Madre, que siempre y en todo tiempo pretende el bien de sus escogidos.

Orgullosos, muy orgullosos debían de estar en vista de esta tan singular preferencia.

En otros lugares se dejó ver la Madre de Dios, pero ¿cuándo? Cuando ya lucía sus galas la bandera de la Cruz.

Ahora se adelanta. Nada encuentra preparado para recibir la nueva del gran Dios. Todo estaba en contra de tales y tan sublimes pretensiones. Los dio-

ses habían hecho esfuerzos supremos por evitar que la Cruz del Redentor fuese el ídolo de aquellas gentes.

Por eso viene María, y viene para anunciar con su presencia el cambio tan radical que se iba á realizar en el pueblo zacatecano.

Alejandro, habiendo sabido que sus generales nada alcanzaban sobre sus enemigos, sino que el triunfo se iba alejando, tornándose cada vez más difícil, se presenta en el teatro de la lucha, y al verle los soldados "por nuestro capitán lucharemos" exclamaron. Y al ver su figura tan esbelta, tan gentil, unos se en-

tregaron á la fuga, otros rindieron sus armas, asegurando de este modo Alejandro el triunfo completo de sus armas.

La Madre de Dios no trae armas. Ella sola, que es reina universal, se hace señora de la victoria. Al verla aquellos indios, el triunfo es suyo, suyos aquellos corazones, suyo el pueblo.

Una circunstancia muy notable se encuentra y sobresale en esta Aparición. ¿Por qué la Santísima Virgen se habrá aparecido junto á cinco manantiales de agua cristalina, que jamás se secan, llevando cada uno agua de diversa calidad? ¿No se secan otros manantiales de la ciudad?

Y ¿por qué estos cinco manantiales han de ser perennes?

Cinco son las cicatrices que quedaron impresas en el cuerpo glorioso de Jesús después de su resurrección, las cuales jamás se borrarán, acreditando á todos los seres que el Hijo de María es el reparador del género humano, quien rompió sus cadenas y le comunicó la verdadera libertad, quien le salvó del terrible naufragio y le condujo á puerto bonancible, quien le enseñó la verdad y se la explicó, quien le propuso el objeto de sus aspiraciones para llenarlas con toda una inmensidad de perfecciones, de grandezas que nunca mueren,

que son inmortales como inmortal es Dios. Recuerdo de estas cinco llagas son las cinco fuentes sobre las cuales se aparece la Santísima Virgen.

Algunos habrá quizá que no nos comprendan ni quieran prestar oído á estas frases, creyendo que son invento de nuestra fantasía ó bien fruto de una imaginación exaltada. Con estos no hablamos, ni nos dirigimos á esta clase de gentes. La Santísima Virgen no quiere corazones mezquinos ni almas apocadas que se arrastran como la serpiente por la tierra, ni menos dirige sus miradas á los que llaman á estas cosas *anticuadas*,

propias del retroceso y no adecuadas á los adelantos y progresos de hoy. Esos tales son hombres *á medias*, y con hombres *á medias* no se relaciona gente noble.

El hombre pertenece á dos mundos, el mundo de allá y el mundo de acá; el mundo que se ve y el otro no se ve. El que, admitiendo el mundo de acá rechaza el mundo de allá, le falta la mitad. Quiere nivelar su suerte con la de los animales que nacen para extinguirse en este mundo. ¡Buen provecho! Por eso la Santísima Virgen ni habla ni menos se aparece á esos tales. Alguna vez sí les habla: pe-

ro ellos no hacen caso, cual si oyeran llover. De ahí proviene que sus miradas como sus aspiraciones se concretan á este mundo, extinguiéndose con él, mudándose con él y trasformándose también como él.

Su corazón es muy chico. No sabe amar porque su inteligencia no sabe conocer. Conoce sí, mas no conoce su propio objeto. La inteligencia del hombre es infinita en cuanto tiende á un objeto infinito, como igualmente inmenso, infinito es su corazón porque sus ansias jamás se calman, ni se llena un vacío sino con un bien infinito.

El pueblo zacatecano en ma-

nera alguna siguió ni seguirá esta condición.

Creyó en la Aparición de la Santísima Virgen lo mismo que creyó en Jesucristo, y una y otra creencia se fué propagando de padres á hijos envuelta en la misma sangre, circulando por las mismas venas, y grabándose en los mismos semblantes. De modo que ya es una tradición escrita en las venas, en la sangre, en los huesos, en los nervios, en el corazón, en el semblante y hasta en los mismos ojos de los zacatecanos.

De suerte que llegará á extinguirse cuando Zacatecas desaparezca de sobre la faz de la tie-

ra. Con este cambio aun no morirá. Con él seguirá hasta la eternidad. La llevarán escrita con caracteres imperecederos las almas y los corazones de los zacatecanos, y con ellos vivirá gloriosa y para siempre.

En tanto un hecho se hace más notable y por lo tanto más verídico en cuanto es más constante y duradero. La mentira y falsedad no pueden subsistir; les falta cimiento. Si subsisten por algún tiempo, será á expensas de la verdad.

Entonces desaparecerán porque la verdad vendrá á absorberlas quitándoles lo que tienen de ficticio y aparente, quedando

en pie únicamente lo que llevan de realidad.

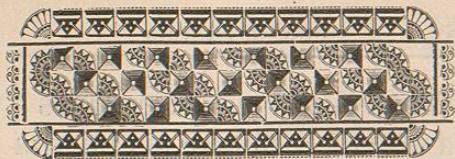
La mentira no es la realidad, es la negación de ella.

La Aparición de la Santísima Virgen en la pendiente del cerro de la Bufa bajo el nombre de Nuestra Señora del Patrocinio, será siempre la estrella de Zacatecas, estrella que alumbra con su propia luz, que calienta con su propio calor, que da vida con su propia vida; que deshace las tinieblas de la noche: que alumbra siempre al zacatecano por los tortuosos y difíciles senderos de la vida.

El que á esto no asienta, vivirá siempre entre tinieblas; bus-

cará su dicha y no la hallará: siempre errante, jamás verá cumplidas sus esperanzas ni satisfechos sus deseos.

Trepará por los montes, cruzará por los valles, se internará en las selvas, pasará los mares buscando una estrella; y no sabe que esa estrella fija está y alumbra siempre desde el cerro de la Bufa.



ZACATECAS

DESPUES DE LA APARICION

CUANDO el astro rey aparece majestuoso en el horizonte para otra vez más enviar á la tierra sus delgadas cintas de luz, cuando abren las flores del campo su caliz para perfumar el am-